

¿ESTAMOS ANTE EL
FIN DEL AMOR?

**II CERTAMEN DE
DISERTACIÓN FILOSÓFICA**
JUAN DE MAIRENA

FACULTAD DE FILOSOFÍA
UCM
CURSO 2021-2022

Prólogo

Por segundo año consecutivo, la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid ha acogido la celebración de un encuentro de disertación filosófica, en el que –como en los torneos y justas de antaño– los participantes han intercambiado argumentos, contraargumentos, perspectivas, análisis, ejemplos y pruebas con autores y contrincantes reales y con contrincantes fingidos e imaginados (quienes, por supuesto, no por imaginados son menos reales). El tema que se proponía para el lance de esta edición era nada más y nada menos que el destino, en los tiempos actuales, de ese fenómeno ubicuo y escurridizo al que llamamos “amor”, y más en concreto la posibilidad de que la llegada de la lógica del consumo a las relaciones sexuales y afectivas (la tan traída y llevada *tinderización*) esté suponiendo su desaparición. Obtener una respuesta a esta pregunta pasaba, como es obvio, por aclarar de algún modo “de qué hablamos cuando hablamos de amor”, por decirlo con R. Carver, pero al mismo tiempo obligaba a reflexionar sobre el momento actual y su peculiar figura. Sin embargo, lo interesante de un certamen como este no es, ni sola ni principalmente, la respuesta obtenida por cada contendiente, sino el modo en que cada uno de ellos construye y defiende su posición eligiendo un punto de vista particular y un utillaje concreto. En efecto, si en las justas de antaño se traba de acreditar la destreza en el manejo de las armas caballerescas, en un certamen de disertación filosófica se trata también de acreditar un manejo diestro de las armas, pero de las armas del discurso y de la razón. Y, al margen de la belleza que posee un escrito bien compuesto, y a diferencia de lo que podía suceder en aquellas, el enfrentamiento en un certamen filosófico no tiene lugar solamente como un ejercicio vistoso o un juego agonal, sino que, ante todo y sobre todo, se produce como investigación de la verdad. Pues, en efecto, ¿qué otro modo tenemos de acercarnos a la verdad que el intercambio de razones en un discurso compartido? ¿Qué otra manera de reconocerla que a través del ejercicio mejor y más profundamente razonado? ¿Dónde encontrar, en definitiva, las respuestas verdaderas a las cuestiones que nos preocupan si no es en el ejercicio común de estas armas del discurso y de la razón?

Precisamente los resultados más brillantes de los ejercicios presentados son los que componen esta pequeña publicación, que reúne a los trabajos premiados en el *II Certamen de Disertación Filosófica Juan de Mairena*, convocado por la Facultad de Filosofía de la UCM en el curso 2021-2022. Todo ellos ofrecen diversas respuestas a la pregunta propuesta (cuya formulación final rezaba: “¿Estamos ante el fin del amor?”) y cada uno de ellos explora –en busca de la respuesta más pertinente y verdadera– una posibilidad diferente de

desarrollo. Desde la aceptación (al menos parcial) del fin del amor y la necesidad de forjar nuevos tipos de relaciones significativas e incluyentes hasta una vigorosa reivindicación del amor como aquello que une con la totalidad y posibilita la existencia misma, pasando por el escepticismo esperanzado de quien cifra la salida en la educación estética de las masas, los tres trabajos ofrecen diversas perspectivas sobre la cuestión del certamen –si estamos verdaderamente o no ante el final del amor– y con ello proponen un camino, una senda posible, al pensamiento actual.

Al igual que en su primera edición, el torneo se organizó en el marco de un Proyecto Innova-Docentia de la UCM (*La filosofía entre el bachillerato y la universidad (III): perspectivas docentes para la educación en el siglo XXI*, proyecto nº 200 de la convocatoria 2020-2021) y en colaboración con el alumnado de la especialidad de Filosofía del Máster de Formación del Profesorado de la UCM (en concreto, con la ayuda de Alejandro Arroyo, Demelsa Cristiano, Andrea Frutos, Nora Garrido, Nicolás Lozano, María Rodríguez y Manuel Zúñiga). Gracias a ellos, y a los alumnos de doctorado Óscar Díaz y Jorge Burruezo, el terreno quedó debidamente dispuesto para quien quisiera participar, y gracias a ellos también se alcanzó un veredicto final acerca de los ejercicios presentados. Sin la generosa colaboración del Decanato de la Facultad de Filosofía, y en especial de su Decano, D. Juan Antonio Valor Yébenes, y del Departamento de Lógica y Filosofía Teórica, y en especial de su Director, D. Juan José García Norro, el torneo no podría haberse celebrado o, de haberse celebrado, habría sido mucho más pobre y oscuro.

Los impulsores de esta iniciativa seguimos pensando que la celebración anual de una justa filosófica –de un duelo racional– de estas características enriquece la vida común de la Facultad, y confiamos en que, con el paso del tiempo, se convierta en una actividad estable y reconocible, en una posibilidad más (junto a clases, bibliotecas, seminarios y reuniones de cafetería) del estudio de la filosofía en ella. Por ello queremos expresar nuestro agradecimiento a todos los que, con su participación y colaboración, la han hecho posible y esperamos ilusionados la llegada de una nueva edición.

Guillermo Villaverde López

1^{er} Premio

¿ESTAMOS ANTE EL FIN DEL AMOR? NEOLIBERALISMO, LIBERTAD Y PLURALIDAD DE LOS AFECTOS

Alejandro Gómez Masdeu

Estudiante del 2º curso del
Grado en Filosofía

I. Introducción: ante el enésimo fin anunciado

Junio de 1984. El cantante canadiense Leonard Cohen publica la canción *Dance Me to the End of Love*, inspirándose en el hecho de que en los campos de concentración nacionalsocialistas ordenaban tocar a un cuarteto de cuerdas junto al crematorio -compuesto, claro está, por los propios presos-. De haber un lugar en el que todo amor posible llegara a su fin, ese sería aquel escenario inhumano, con el *pánico* y los *violines en llamas* de los que nos habla en la letra. Sin embargo, como nos muestra Mónica Álvarez en *Amor y horror nazi*, incluso ante el mayor intento de destrucción de toda subjetividad, el amor no se ha logrado erradicar. Así lo atestigua la historia de Elizabeth Wust y Felice Schragenheim, que además nos recuerda la tenaz resistencia de la homosexualidad en prácticamente todo lugar y época, desde el amor homérico hasta los romances entre samuráis del Japón pre-Meiji, lo cual no niega en absoluto que la homosexualidad como hoy la entendemos sea una construcción decimonónica.¹

Ya en 1992 publicó Fukuyama su conocido libro *El fin de la historia y el último hombre*. Desde entonces, y aunque el concepto remite a la filosofía hegeliana, hemos asistido a numerosos anuncios sobre los más diversos fines. El amor no podía ser una excepción. En 2019 publicaba Eva Illouz su ensayo *El fin del amor: una sociología de las relaciones negativas*, y en él estudiaba los cambios que habían ocurrido en nuestras relaciones afectivas en los últimos años, debilitándolas. En este libro se propone estudiar aquella parte de las relaciones que tiene que ver con el fin y la ruptura. Ese mismo año, Tamara Tenenbaum publicó *El fin del amor: amar y follar en el siglo XXI*, un ensayo literario que refleja el advenimiento de una nueva visión del amor relacionada

¹ Cornejo, J. "La homosexualidad como una construcción ideológica." *Límite. Revista de filosofía y psicología*, 2(16), 2007, pp.83–108.

con los elementos que también trata Illouz en su libro, pero, al igual que en este, no se plantea que el amor vaya a acabar en sentido absoluto. Así, trataremos en esta disertación sobre aquel dudoso *fin* que nos encontramos en este corpus contemporáneo y adoptaremos una perspectiva con coincidencias con estas dos autoras.

En sus múltiples formas y con grandes diferencias, el amor siempre ha estado presente en nuestras sociedades. Por diferente que pueda ser la convención caballeresca de la superioridad femenina, la alegre sensualidad andalusí o la idealización *stilnovista*, creemos que existe un núcleo emocional básico común a ellas, incluso si no somos capaces de explicitar claramente qué es este *algo*, que siempre se ha mantenido y probablemente lo siga haciendo. La cuestión estriba, por tanto, en discutir cuáles son los elementos que podrían llegar en algún caso a dificultar en nuestras sociedades la experiencia amorosa, tal vez no acabando con el sentimiento de amor pero sí con su prosecución, cuáles son las transformaciones que podrían amenazar a esta y cuáles son las posibles soluciones a estos cambios que hacen al amor más débil y lo sitúan relativamente más cerca de su fin.

II. Nostalgia conservadora, optimismo revolucionario

A pesar de lo dicho en la introducción, sí podemos encontrar discursos que afirman el fin de un modo de amar que identifican con el *verdadero amor*. La idea vendría a decir, en su formulación más radical, que un capitalismo tardío de *apps* de citas y juguetes sexuales, unido a la fagocitación neoliberal del discurso sesentayochista de liberación sexual, lleva a las personas a convertirse tanto en objetos de consumo instantáneo como en un «cuerpo biológico hedónico»², regido por un único principio de placer individual en un sentido consumista, algo incompatible con el amor como un sentimiento que implica cuidado del otro, paciencia o comprensión.³ Así lo muestra, desde una perspectiva conservadora⁴, la célebre escritora Ana Iris Simón en su libro, *Feria*. A partir de un cierto rechazo del sexo casual, Simón articula una idea de amor en la que este se ve como algo «antiquísimo»⁵ que está siendo sustituido por un «*follisquear*»⁶ que ella critica y opone a un amor tradicional que «la

² Illouz, E., *El fin del amor. Una sociología de las relaciones negativas*. Buenos Aires, Katz, 2020, p.74.

³ Illouz, op.cit., pp.308-309; Han, B., *La sociedad de la transparencia*. Barcelona, Herder, 2013.

⁴ En nuestra opinión, en torno al *fin del amor* habría una posición conservadora que lo relaciona con el avance de derechos sociales (derechos LGTB, divorcio, etc.) y la aparición de nuevos modelos relacionales; y otra que lo relacionaría más con la economía política, la aparición de nuevas tecnologías, o el discurso neoliberal. Nos encontramos más cercanos a esta segunda posición.

⁵ Simón, A. I. *Feria*. Madrid, Círculo de Tiza, 2020, p.125.

⁶ Simón, op.cit., p.125.

mayoría [...] hemos olvidado»⁷. Por ello, mantener relaciones monógamas, heterosexuales y perdurables sería no solo una opción respetable, sino algo «revolucionario»⁸. Esto, sin embargo, parece olvidar que también el modelo tradicional de amor es el resultado de ciertos intereses capitalistas⁹ y que es posible una reacción ultraliberal que defienda radicalmente la familia tradicional, como podemos comprobar con partidos como Fidesz en Hungría. Este verdadero amor del que habla Simón se estaría perdiendo porque nuestra sociedad ya no acepta la existencia de «*hombre y mujer*» ni permite a los hombres desarrollar su masculinidad, convirtiéndolos en «*hombres blandengues*»¹⁰. Que el amor es algo antiquísimo podemos reconocérselo a Simón, y que debe combatirse la excesiva fragilidad de los vínculos actuales, también. Ahora bien, ¿es necesario hacer positivos los roles de género y rechazar el sexo casual para defender esto?, ¿es cierto que el amor se esté perdiendo en una deriva posmoderna? Intentaremos responder a lo primero a lo largo de toda la disertación, pero trataremos lo segundo en este punto. Veamos los datos estadísticos. Si seguimos al INE y al CGPJ¹¹, estamos viviendo una estabilización del número de divorcios desde 2009. Su número se mantiene y su función es clara y secundaria respecto a la institución del matrimonio, más frecuente y culturalmente central. En la proporción de casados y solteros sí hay una mayor proporción de solteros, aunque en ningún caso amenazadora para la posición de un matrimonio que en términos absolutos no pierde significativamente su magnitud. Además, es evidente que en la actualidad no toda relación, ni siquiera toda relación monógama y estable (que serían las que podrían estar llegando a su fin) pasa por el matrimonio. Este, a diferencia del amor, sí es una construcción completamente histórica. Con ello, creemos poder asegurar que, a pesar de los cambios que están sufriendo nuestras relaciones amorosas, no estemos cerca del fin del amor “tradicional” (incluso si, creemos, nuevas formas de amor no supondrían el fin del amor mismo). Existe, por tanto, una tensión entre

⁷ Simón, A. I., Juli y Tamara. *El País*, 2021, 16 octubre. <https://elpais.com/opinion/2021-10-16/juli-y-tamara.html>.

⁸ Simón, op.cit.

⁹ Federici, S., *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

¹⁰ Simón, A. I. *Feria*. Madrid, Círculo de Tiza, 2020, p.158.

¹¹ Véase <https://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=20170#!tabs-tabla>,
<https://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=4031#!tabs-grafico>,
<https://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=20678#!tabs-grafico>,
<https://www.poderjudicial.es/cgpj/es/Temas/Estadistica-Judicial/Estadistica-por-temas/Datos-penales--civiles-y-laborales/Civil-y-laboral/Estadistica-de-nulidades--separacion-y-divorcios--INE/>

los discursos amorosos y las prácticas amorosas, y esto no es únicamente un reto para aquellos que auguran el fin del amor como algo negativo, sino también para aquellos que desean el fin del amor tal y como lo conocíamos y que asumen la postura de que estamos cerca de este final. Paul B. Preciado, por ejemplo, ve en el amor «*un resto neoplatónico de años de entrenamiento metafísico*», «*una tecnología de gobierno de los cuerpos*»¹². Con el habitual optimismo de Preciado, sitúa en los próximos 50 años el tiempo que tardaremos en construir «*otro modo de gestión de la vida*»¹³. Esto, sin embargo, no consideramos que sea tampoco probable, lo que no impide que veamos en la vocación revolucionaria de Preciado un impulso creativo para la mejora del amor y en la obra de Simón una muestra notable de los malestares de la (pos)modernidad. Es, además, en Preciado y en su idea de *potentia gaudendi* donde podríamos encontrar una explicación filosófica, en cierta medida crítica, de aquella ontología de la inmediatez y de los cuerpos como máquinas orientadas a la maximización de los placeres que parecería subyacer a la posibilidad de un mundo en el que el amor se viera sustituido por el placer sexual constante.¹⁴

III. La libertad y los estados de la materia

Se ha dicho en numerosas ocasiones, siguiendo a Bauman, que vivimos en una *sociedad líquida*. En *Amor líquido*, este autor sostiene que estamos viviendo la pérdida de nuestros vínculos románticos estables. Ahora cada uno de nosotros debe hacer un esfuerzo por establecer vínculos y por mantenerlos, pues no tenemos ninguna garantía de su perdurabilidad, generando todo ello un mundo afectivamente inseguro.¹⁵ Nos sentimos descartables y meros objetos de consumo en un mercado del sexo dominado por algunas *apps* cuyos dueños reciben altísimos beneficios. En este contexto, la cantidad y aceleración sustituirían al cuidado del otro y lo pornográfico se sobrepondría a lo erótico.¹⁶ Todo ello lleva a nuevos modos de relacionarse, pero también

¹² Preciado, P. B. HAPPY VALENTINE. *Parole de Queer*, 2015, 15 febrero. Recuperado 14 de febrero de 2022, de <https://paroledequeer.blogspot.com/2015/02/happy-valentine-por-paul-b-preciado.html>.

¹³ Fernández, C., Paul B. Preciado: «Soy optimista porque sólo veo el colapso». *Murciaplaza*, 2019, 11 noviembre. <https://murciaplaza.com/paul-b-preciado-soy-optimista-porque-solo-veo-el-colapso>

¹⁴ Preciado, P.B., *Testo yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Barcelona, Anagrama, 2020, pp.37-42.

¹⁵ Bauman, S., *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

¹⁶ Han, op.cit., p. 51.

un anhelo de la unión sólida perdida.¹⁷ Por una parte, es indudable que, al menos, han de mostrarse los errores y dificultades del *amor líquido*. No obstante, debemos preguntarnos si realmente la fortaleza del *amor sólido* es mayor que la de este. En su cara externa, sin duda lo es: relaciones que antes se habrían mantenido se pierden. Sin embargo, esto no es así en su cara interna. La fortaleza real de una solidez sustentada en la coerción es escasa y poco deseable, ya que el único sostén de aquellas relaciones perdurables era ajeno al amor mismo, pues estaría en las normas sociales y legales que penalizaban el divorcio y la separación. La verdadera fortaleza no está en cumplir lo obligatorio, sino en mantener las relaciones *a sabiendas de que estas podrían acabar*, algo que no es una novedad, sino que ya sabía Percy B. Shelley en plena época romántica («*El amor se marchita bajo coacción. Su verdadera esencia es la libertad*»¹⁸). Nada hay, afirma Shelley, que nos obligue moralmente a mantener nuestras relaciones amorosas más allá de lo que nuestro amor persevere.¹⁹ Una condición necesaria, aunque no suficiente, para lograr la *buena solidez del amor* es precisamente el permitir la disolución de las relaciones, pues eso es lo que hará que sea el amor el que las mantenga, que sea el verdadero esfuerzo cotidiano y la verdadera libertad los que sostengan las relaciones amorosas. Y, en último lugar, el fin del amor no es el fin de una relación, lo cual podría llevar al establecimiento de nuevas relaciones amorosas por parte de sus miembros, sino el mantenimiento de relaciones matrimoniales sin amor alguno.

IV. Antes del amor: las condiciones de posibilidad de los afectos

En lo que resta de la disertación nos centraremos no tanto en el enamoramiento o en la voluntad de los amantes de estar juntos, sino en aquellos aspectos que podríamos considerar anteriores y posteriores al amor, no en un sentido cronológico sino en un sentido argumentativo, en tanto que todos ellos forman el amor en su conjunto. Y es que el amor se da inmerso en sociedades concretas, que facilitarán o dificultarán el establecimiento de relaciones. La persecución de las disidencias sexuales no destruye completamente el sentimiento de amor que sentirán algunas personas entre sí, pero sí dificulta enormemente las condiciones de posibilidad de que su relación puede llegar a establecerse. Así, no sería tanto el enamoramiento sino las condiciones sociales que permiten las relaciones amorosas lo que podría estar en mayor riesgo en nuestras sociedades, debido, ante todo, a un modelo económico que genera trabajadores con jornadas laborales extenuantes, con una salud mental fuertemente deteriorada por las

¹⁷ Bauman, op.cit.

¹⁸ Shelley, P. B. *La necesidad del ateísmo y otros escritos de combate*. Logroño, Pepitas de Calabaza, p.114.

¹⁹ Shelley, op.cit, pp.114-115.

dinámicas competitivas que reinan en el mundo del trabajo, y, además, con salarios escasos que, unidos con elementos como la gentrificación o la emigración económica forzosa, imposibilitan las vidas en común de los amantes, que en ocasiones deben elegir entre su carrera profesional y el amor o la familia. Amar no es un hecho sublime o trascendente, o no solo; es una actividad diaria que implica tiempo, esfuerzo, un mínimo saber ético, estabilidad psíquica suficiente para comprender al otro, remuneración para poder crear caminos de vida conjuntos y estabilidad suficiente para la crianza, en caso de que esta se desee. La posibilidad del amor es la posibilidad de la ciudadanía; el amor es una emoción de todo humano, pero una actividad del hombre libre. Una sociedad en la que, frente a la esclavitud de la necesidad y la fatiga del trabajo, podamos todos decir aquello de San Juan de la Cruz,²⁰ «*que ya sólo en amar es mi ejercicio*» (amor a la pareja, a la vida buena, a la virtud), será aquella que más nos aleje económicamente del fin del amor (que está, por su parte, ineludiblemente ligado a construcciones culturales).

A falta de muchos de los elementos mencionados, situar en un cambio cultural todos los motivos de actual debilidad de las relaciones es despreciar parte del análisis necesario para comprender las dificultades del amor en época contemporánea. Sería deseable, adicionalmente, estudiar de forma pormenorizada hasta qué punto las nuevas tecnologías suponen un cambio frente a amores tradicionales (como indica la inédita abundancia de posibles parejas sexuales) y hasta qué punto son en realidad nuevas versiones del mismo amor romántico de todos conocido, como parecería indicar el hecho de que en muchas ocasiones las aplicaciones se utilicen para buscar parejas que acaban teniendo relaciones muy similares a las tradicionales, o como ayuda para un sexo casual juvenil que se asume que acabará con una vuelta madura a la pareja monógama y estable. De forma similar ocurre con la pornografía, que no supone tanto el fin del amor²¹ como una distorsión de los imaginarios eróticos en una dirección muy probablemente patriarcal.

V. Después del amor: pluralidad afectiva y cuidado comunitario

Junto con aquello que ocurre antes que el amor y lo posibilita, encontramos aquello que se sigue del mismo, es decir, toda una malla social de relaciones

²⁰ San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, *San Juan y Santa Teresa*. Madrid, Diario El País, 2005, p.51.

²¹ Si no el fin del amor, sí puede generar, junto con las mencionadas *apps*, una cierta abulia por sobreexposición que reduciría el propio deseo sexual, con las consecuencias que eso podría tener en las relaciones amorosas. Véase Park, B., Wilson, G., Berger, J., Christman, M., Reina, B., Bishop, F., Klam, W., & Doan, A. "Is Internet Pornography Causing Sexual Dysfunctions? A Review with Clinical Reports" *Behavioral Sciences*, 6(3), 17, 2016. <https://doi.org/10.3390/bs6030017>

de cuidado, un tejido social de esfuerzos que articulan la sociedad y que no son sustituibles por servicios sociales estatales, pues suponen un sostén del espíritu que radica en la certeza de saberse querido²². Se trata de una actividad que sostiene lo más básico de la vida sin dejar un objeto como resultado, y que puede ser fatigosa, pero también necesaria. Aquella sociedad que niegue a algunos de sus miembros la posibilidad de desvivirse por el otro negará a estas personas parte de su potencial bondad. Aquel orden social que no logre que toda persona se encuentre protegida por estos lazos convivenciales será un orden social fallido. Veremos de qué modo algo de estas cosas ocurre en nuestra sociedad, pues ambas nos acercan al horizonte del fin del amor.

De tal modo, nos corresponde entender cuál es la antropología que podría fortalecer las relaciones amorosas en un contexto de creciente individualismo y precariedad que las pone en peligro. El trabajo de Almudena Hernando puede ayudarnos en este punto. En su obra afirma que existen distintos tipos de subjetividad, que han ido formándose históricamente. Hernando sitúa en nuestras sociedades dos clases de individualidad: una *individualidad dependiente*, típicamente masculina, en la que todo elemento de cuidado e interdependencia ha quedado olvidado; y una *independiente*, que es aquella en la que se encuentran las mujeres tras su entrada en el mercado de trabajo e implica vivir a la vez las necesidades de una identidad relacional, centrada en la interdependencia y el cuidado, y las de una individualidad que lleva al conocimiento, el desarrollo de una carrera profesional o una mayor libertad de acción. Este alertar sobre el fin del amor lo encontramos en el momento en el que cada vez más mujeres están viendo en la masculina *individualidad dependiente* un modo de liberación, poniendo en riesgo los lazos convivenciales que parecían sostener las relaciones amorosas. Frente a ello, el retorno a la relacionalidad total propia de las comunidades arcaicas²³ no es posible ni deseable y tampoco debemos, en nuestra opinión, aceptar como el momento de verdadero amor ninguna distribución desigual de las subjetividades. Más bien, la *individualidad independiente* es el modo de vivir que abarca la mayor complejidad de lo humano, y debemos conseguir que las mujeres se mantengan en él y los hombres accedan a esta, mientras que la consagración de la *individualidad dependiente* es muestra de que sí estamos ante una relativa amenaza para las relaciones amorosas.

²² No obstante, en el amor hay también siglos de trabajo invisible, gratuito y forzado hecho por mujeres, un trabajo que incluía la crianza de los hijos, el trabajo doméstico y el mantenimiento de los vínculos sociales. Véase Federici, op.cit., p.147.

²³ Hernando, A., *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2018, pp. 75-84.

Resumido el primer aspecto (modos de subjetividad y amor), pasaremos al segundo (si nuestro orden social garantiza que nadie sea ajeno al amor y qué orden podría garantizarlo), y para ello necesitaremos hacer una defensa de la pluralidad de los afectos.

La pluralidad de los afectos quiere decir que nadie muera solo; el poliamor, en esta definición, es la promesa social de que ninguna persona fallezca en soledad. En la sociedad europea contemporánea es cada día más frecuente la soledad en la vejez y la muerte: cientos de ancianos viven sin hablar con nadie durante días y decenas mueren sin que nadie lo sepa hasta que el olor de los cadáveres alcanza las casas de los vecinos o los rellanos del portal.²⁴ El paso de las comunidades pequeñas a las grandes ciudades, la destrucción de los lazos vecinales y la pérdida de obligatoriedad de la familia, ahora de escasos miembros, forman una miríada de hechos positivos, negativos y ambivalentes que pueden actuar en su conjunto como aceleradores de la pandemia del aislamiento social. Y, ante ella, algunos posibles cambios en la forma tradicional de pareja no son el *fin del amor*, como alegaría Simón, sino una posibilidad de su fortalecimiento. La ampliación de la intimidad y el cariño físico más allá del matrimonio, la posibilidad de tener más de una pareja, el establecimiento de relaciones de amistad que impliquen el compromiso de cuidado del otro en momentos de dependencia y enfermedad, la extensión de la crianza o el establecimiento de redes de apoyo económico más allá de la familia supondrían una forma de pluralidad afectiva de la misma o mayor importancia que la posibilidad de mantener relaciones sexuales con muchas personas, por aceptable que esto sea. En cualquier caso, el poliamor no trataría solo de tener numerosas parejas, sino también de la posibilidad de no tener ninguna, y, ante todo, de un modo distinto de entender la jerarquía de las relaciones humanas y sus límites, una nueva arquitectónica de las relaciones sociales.²⁵ No se trata en absoluto de una forma de consumo desenfrenado y efímero de los cuerpos de carácter neoliberal, algo que sí supone un peligro para la posibilidad del afecto profundo²⁶; ni tampoco una vía fácil de escape

²⁴ Barnés, H. G., “El lado oscuro de la recuperación española: te quedarás solo y no sabrás por qué.” El Confidencial, 2018, 27 diciembre.

https://blogs.elconfidencial.com/espana/mitologias/2018-12-23/amigos-soledad-lado-oscuro-recuperacion_1720082/

²⁵ Vasallo, B., *Pensamiento monógamo, terror poliamoroso*. Madrid, LaOvejaRoja, 2018.

²⁶ Sobre neoliberalismo, individualidad y atomización social, véase Ibarra Ibañez, A. N. “Neoliberalismo y subjetividad. El nuevo malestar.” *Revista de Psicología*, 074, 2020. <https://doi.org/10.24215/2422572xe074> y Valverde, F. J., “Persona o individuo en el (neo)liberalismo: algunos fundamentos ideológicos”. *Pensamiento Actual. Universidad de Costa Rica*, 14(22), 2014, pp.29–41.

de los problemas de cada pareja («sé que no estamos haciendo nada revolucionario / tal vez solo estemos dejando de querernos», decía Luna Miguel²⁷). Debemos articular una hospitalidad familiar más robusta que la de la familia tradicional cobijando en ella tanto las relaciones no familiares como una familia desligada de sus más negativos atributos históricos: la desigualdad patriarcal, la heterosexualidad obligatoria, la imposición de la monogamia y la paternidad, la centralidad de los lazos de sangre, siempre un significante de exclusión²⁸ y finalmente la obligatoriedad de la pertenencia a la familia. Afirmamos, en resumen, que o se amplía el ámbito del afecto profundo, incluso si eso lleva a algunos a afirmar *el fin del amor*, o es difícil mantener una sociedad acogedora para todos en la que nadie se vea excluido de la posibilidad de ser querido.

VI. Conclusiones

En nuestra opinión, debemos diferenciar entre el amor como un sentimiento y las relaciones amorosas que se dan en sociedades específicas. Mientras que un análisis histórico nos muestra que siempre ha existido lo primero, en un marco de obvia variabilidad cultural, sí es posible pensar la transformación de lo segundo. Como hemos intentado mostrar, de los datos no se infiere que estemos ante el fin de las relaciones amorosas. No obstante, sí que están teniendo lugar cambios en nuestra sociedad que podrían amenazar la prosecución del amor. Entre ellos no estaría la libertad de elección o la posibilidad del divorcio, en la que vemos la oportunidad de una verdadera solidez, pero sí diversos fenómenos económicos que dificultan el establecimiento de las relaciones afectivas, y algunos discursos antropológicos que promueven ciertos modos de subjetividad que debilitan nuestros lazos sociales. Ante esto último, debemos poner la intersubjetividad y la fragilidad humana en el centro, y no debemos tener miedo alguno a explorar nuevos modos de amar (en un sentido muy amplio) que fortalecerán el amor, lejos de suponer peligro alguno para él.

El verdadero reto, y esta es la última idea que esbozaremos, es no sustituir la monogamia y la heterosexualidad obligatoria, aquel amor que estaría llegando a su fin, por una nueva normatividad que establezca nuevas categorías excluyentes, sino por una conciencia de la inherente pluralidad humana que entienda como moralmente aceptables posibilidades muy diversas que no se encuentran solo en afirmaciones teóricas, sino en un habérselas con la vida que es siempre contingente y que ocurre con personas únicas e irremplazables. De esa forma podría el amor llegar a donde hoy no alcanza,

²⁷ Miguel, L. y Rodríguez, A., *Mesita de noche*. #ECRIRW Éditions, 2020, p.25.

²⁸ Hester, H., *Xenofeminism*. Cambridge, Polity Press, 2018, pp. 57-69.

alejarse lo máximo posible de su fin y lograr con su cambio el mejor modo de su permanencia.

Bibliografía

- Álvarez, M., *Amor y horror nazi: historias reales de los campos de concentración*, Barcelona, Luciérnaga, 2018.
- Barnés, H. G., “El lado oscuro de la recuperación española: te quedarás solo y no sabrás por qué.” *El Confidencial*, 2018, 27 diciembre. https://blogs.elconfidencial.com/espana/mitologias/2018-12-23/amigos-soledad-lado-oscuro-recuperacion_1720082/
- Bauman, S., *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Cornejo, J. “La homosexualidad como una construcción ideológica.” *Límite. Revista de filosofía y psicología*, 2(16), 2007, pp.83–108.
- Federici, S., *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.
- Fernández, C., “Paul B. Preciado: «Soy optimista porque sólo veo el colapso»”. *Murciaplaza*, 2019, 11 noviembre. <https://murciaplaza.com/paul-b-preciado-soy-optimista-porque-solo-veo-el-colapso>
- Fukuyama, F., *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona, Planeta-Agostini, 1994.
- Han, B., *La sociedad de la transparencia*. Barcelona, Herder, 2013.
- Hester, H., *Xenofeminism*. Cambridge, Polity Press, 2018.
- Hernando, A., *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.
- Ibarra Ibañez, A. N., “Neoliberalismo y subjetividad. El nuevo malestar.” *Revista de Psicología*, 074, 2020. <https://doi.org/10.24215/2422572xe074>
- Illouz, E., *El fin del amor. Una sociología d las relaciones negativas*. Buenos Aires, Katz, 2020.
- Miguel, L. y Rodríguez, A., *Mesita de noche*. #ECRIRW Éditions, 2020.
- Park, B., Wilson, G., Berger, J., Christman, M., Reina, B., Bishop, F., Klam, W., & Doan, A. Is Internet Pornography Causing Sexual Dysfunctions? A Review with Clinical Reports. *Behavioral Sciences*, 6(3), 17, 2016. <https://doi.org/10.3390/bs6030017>
- Preciado, P. B. “HAPPY VALENTINE.” *Parole de Queer*, 2015, 15 febrero. Recuperado 14 de febrero de 2022, de <https://paroledequeer.blogspot.com/2015/02/happy-valentine-por-paul-b-preciado.html>.
- Testo yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Barcelona, Anagrama, 2020.

- San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, *San Juan y Santa Teresa*. Madrid, Diario El País, 2005.
- Shelley, P. B. *La necesidad del ateísmo y otros escritos de combate*. Logroño, Pepitas de Calabaza.
- Simón, A. I. *Feria*. Madrid, Círculo de Tiza, 2020.
- “Juli y Tamara.” *El País*, 2021, 16 octubre.
<https://elpais.com/opinion/2021-10-16/juli-y-tamara.html>
 - “El año que tú naciste.” *El País*, 2021, 18 diciembre.
<https://elpais.com/opinion/2021-12-18/el-ano-que-tu-naciste.html>
- Tenenbaum, T., *El fin del amor. Amar y follar en el siglo XXI*. Barcelona, Seix Barral, 2019.
- Valverde, F. J., “Persona o individuo en el (neo)liberalismo: algunos fundamentos ideológicos.” *Pensamiento Actual. Universidad de Costa Rica.*, 14(22), 2014, pp.29–41.
- Vasallo, B., *Pensamiento monógamo, terror poliamoroso*. Madrid, LaOvejaRoja, 2018.

1º Accésit

**¿ESTAMOS ANTE EL FIN DEL AMOR?
UNA DISERTACIÓN SOBRE LA IMPOSIBILIDAD DE
PRESENCIAR EL FIN DEL AMOR**

Sara González Irisarri

**Estudiante del 3º curso del
Doble Grado en Ciencias Políticas y Filosofía**

Amor. Por sobre todas las cosas, he querido implantar el secreto del amor en vuestros corazones. Confío en poder enseñarles a ser hermanos de todas las cosas vivientes. Que la plenitud del amor sea capaz de desterrar el miedo, la angustia y la muerte de vuestra mente, que acatéis estos conceptos con espíritu fraternal.
(Dedicatoria de Hermann Hesse en *Peter Camenzind*, 1904)

Originalmente iba a abordar esta disertación como un trabajo académico cualquiera. Iba a pensar una estructura clara y ordenada, a buscar mucha bibliografía de autores respetadísimos y pulir el estilo de mi argumentación hasta que quedara algo cercano a la perfección formal. Sin embargo, ahora delante de la página, pensando en las reflexiones en torno al amor que he leído y que yo misma he cultivado, me encuentro con que hablar de amor -y, sobre todo, defender la presencia ineludible del amor, y no su fin, como pretendía hacer- no se puede hacer desde la perfección. El amor no tiene nada que ver con ésta, por el contrario está íntimamente ligado a la belleza. Bien es sabido que perfección y belleza no se identifican, que como muy elocuentemente muestra la Crítica del Juicio²⁹, belleza no es copia exacta, belleza es creación y belleza es unión y belleza es lo inefable y al fin y al cabo lo bello y nada más. Estaría traicionando todos mis principios si hablara del amor con ese espíritu técnico, casi de ingeniero, que monta metódicamente un texto como si pudiera alcanzar el modelo supremo. Al amor se llega como llegan los poetas, con la profundidad, con la intensidad, con la pasión única que enciende un torbellino y arrastra la razón a su lado para crear algo nuevo. Al amor se llega desde el arte y lo bello, no desde lo meramente formal. Al amor se llega escuchando canciones de amor, viendo a la gente llevar dos

²⁹ Kant, I., *Crítica del Juicio*, 1790.

ramos de flores en un vagón hasta arriba de gente, mirando a los niños perseguirse en la plaza.

En mi idea inicial pretendía hacer una introducción a la naturaleza del amor, como se hace en el Banquete de Platón, para continuar argumentando en qué modo esos amores siguen aquí, para concluir con la rotunda afirmación de que no estamos ante el fin del amor. En mi idea inicial iba a citar tantos escritos que tardaría un mes en leerlos todos. Pensaba colar a San Agustín, y a Hanna Arendt de la mano. Pensaba hablar de Schiller, de los idealistas alemanes, de Herder, de la Biblia, de Hölderlin. Iba a meter también a Spinoza, a Nietzsche, a Kant, un pedazo de las Meditaciones, uno o dos poetas y alguna gran novelista. Tenía muchas citas ya seleccionadas, pero ahora me pregunto si caben tantas personas en un máximo de seis páginas. Yo (el yo de ahora, de este día a esta hora, de estas palabras en este archivo), creo que me basto para escribir hoy. Creo que toda esa gente puede hablar a través de mí, pero no quiero ponerles en línea como un despliegue de lecturas que griten lo culta que soy y lo mucho que he leído. Todas esas personas pueden quedarse, tal vez cite a una o dos, pero la protagonista aquí soy yo y el amor, no las citas APA y el academicismo.

Tal vez debería hablar de amor ya. Creo que uno de los criterios del jurado era no huir del tema, y ya llevo una página hablando de todo menos del amor. O tal vez no. Tal vez esta página es la primera prueba que quiero dar de que el amor no ha llegado a su fin, porque el amor está aquí, en estas palabras amables que me he dedicado a mí misma, por el simple hecho de que me apetecía.

Una de las citas que voy a rescatar del pobre borrador que he destinado finalmente a la papelera es de Empédocles³⁰. Es probablemente la cita más cuestionable, porque creo que puedo ofender a muchos aludiendo a la fuerza del amor en Empédocles para hablar del amor tal como lo entendemos hoy en día. Y sin embargo, me voy a atrever, porque lo bueno de pensar que no se va a ganar un concurso es la osadía que te da eso, pensar que total todo esto jamás saldrá a la luz. Empédocles, de modo resumido e incompleto, habla del amor como esa fuerza del mundo opuesta al odio, que permite la conjunción de los cuatro elementos que forman las cosas. Me gusta pensar que escandalizo terriblemente a mi profesora de Historia de la Filosofía Antigua cuando pienso en esta idea del amor y la traslado a mi propia forma de concebir el amor, y la comparo a otras formas de entenderlo a lo largo de la historia del pensamiento. Quería empezar con Empédocles para hablar de amor, porque aunque aquí su pensamiento en realidad no pinta

³⁰ Empédocles., *Sobre la naturaleza de los seres: Las purificaciones*, trad. De J. B. Gutierrez, Buenos Aires, Aguilar, 1964.

nada, la idea de fuerzas opuestas que vinculan y desvinculan es una idea poderosa, que aunque se emplea de un modo muy distinto en el filósofo, es clave para entender cómo quiero argumentar que no se ha acabado el amor.

En realidad, hay muchas formas de entender el amor, y ello evidentemente tiene efecto en la pregunta central. Si creemos que el amor es el de las comedias románticas o el de las canciones de Sinatra, tal vez podamos vaticinar fácilmente el fin del amor. Por eso voy a citar el Banquete³¹, para intentar discernir que no es el amor. Siempre me han gustado definir mediante la negación, porque al final se hace un mundo lleno de muchos posibles: no te diré qué es el amor, te diré en su lugar qué no lo es, pero eso que señalo y -torciendo el gesto- niego que sea amor, tampoco te diré que es, solo que amor, desde luego, no. En el Banquete de Platón los comensales se contradicen muchísimo, lo que divierte terriblemente al autor, y a veces el Amor es un Dios, a veces resulta imposible que lo sea, a veces tiene que ver con la belleza, pero para otro no puede serlo ya que anhela aquello de lo que carece, para muchos es un ser radical, para otro un intermedio. El amor, según dice Sócrates a sus amigos, es una especie de recuerdo del alma de la esencia de la belleza, que lleva al que ama a un «entusiasmo de locura»³². Es, finalmente, una afección que se sufre y que tiene que ver con las ideas. Con todo el respeto que le es debido, a mí la idea platónica de Platón no me interesa demasiado para el propósito de esta disertación. De hecho, me resulta más atractiva la idea de Eriximaco, que irónicamente es el médico del grupo. Hubiera preferido usar las concepciones de esta maravillosa pasión que dan los dramaturgos y poetas del grupo, pero supongo que la vida nunca es tan sencilla, y las palabras que citaré descontextualizándolas serán las del científico. Eriximaco acude a su profesión para hablar del amor, y trata de probar que el amor no está solo entre los hombres sino entre todas las cosas. Dios me salve del terrible pecado que voy a cometer: es la misma fuerza que la de Empédocles, es una fuerza que actúa por doquier, que posibilita la combinación de elementos. Su concepción es, junto a la de Aristófanes (aunque este considera que es el vínculo de los semejantes, y Eriximaco lo cree de los opuestos) la de la unión, la del amor como mediador del mundo y como lo armonizante en tanto que vincula lo opuesto y lo diverso para formar algo bello. No creo que haya manera más precisa de definir el amor en tanto que fuerza de unión. Sin embargo, hay algo que me falta, que falla en esta descripción. Y es, ciertamente, porque es la descripción de un científico, de un médico nada menos. A esta idea del amor le falta pasión por todas partes. El amor vincula, pero no lo hace con puntos de sutura, lo hace con belleza, con

³¹ Platón., *Obras completas*, Madrid, P. d. Azcárate Ed., 1871, vol. V.

³² Platón, *ibid*, p.209

arte (Eriximaco habla del amor en la música, del amor en la astronomía, y en otras artes pero no de la pasión que hay en estas, tan solo desde la parte técnica de las artes, de la tekhné). Falta aún explicar cómo el vínculo que actúa por doquier lo hace con intensidad, a veces tanta que desgarrar, tanta que santifica al que ama. Esa pasión del «muero porque no muero»³³.

En este sentido quiero rescatar el Amor en la religión. Y es que en muchas religiones el amor tiene un papel fundamental. La que nos toca más de cerca, el cristianismo, tiene una base fundamental en esta fuerza, y la mayoría de las enseñanzas de Cristo tienen de fundamento el amor, un amor que resigna, un amor que subyuga, pero también un amor que crea comunidad y posibilita los lazos fraternales y el perdón y la salvación. Es un amor que sin duda tiene muchas características reprochables, pero sin duda en algunas expresiones lo que no le falta es intensidad. El amor en que creo yo, con el mismo fanatismo que los místicos, tiene la desgarradora pasión de los versos de Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz. El problema de este amor para mí es que se deja un poco de lado la parte formal, la parte que explica la unidad, que permite la comunión de las cosas (aunque qué comunión más fascinante que la del cristianismo, la comunión con el señor, la maravillosa capacidad de Dios para ser uno y trino, etc.). La clave aquí es Schiller, la búsqueda de un algo que medie entre el impulso sensible y la facultad racional, una comunión de los elementos de la naturaleza humana que él identifica en el impulso de juego, en la belleza (Schiller, 1795). Y yo me atrevería a decir, en la belleza, en el juego, pero gracias al amor, con el amor y por el amor. El vacío que le veo a la idea de Schiller para conjugarla en el sistema que estoy intentado desplegar es que él se enfoca en la dimensión humana. Por sus intereses, ya que no pretende para nada hablar del amor o de la conexión de las cosas en general, sino más bien analizar la política, lo social y humano para dar como solución esa educación estética necesaria que sirva de guía para los actos humanos. Por ello, de Schiller lo único que pretendo recuperar para hablar de amor es la idea de mediación lúdica que aporta profundidad al ser humano y permite la conciliación de la razón y la sensibilidad, y en último término, la conexión y la formación de comunidad.

Creo que con esto he dado ya una idea lo más cercana posible a lo que yo considero amor, y la clase de amor que afirmo que no solo no está llegando a su fin, sino que no nos puede ser posible contemplar su fin. Ahora bien, hay aún que dar algunas pinceladas para entender por qué no entiendo que podamos decir que estamos ante el fin del amor (no solo decirlo, sino entender la pregunta, escribir sobre ella, o reflexionar sobre el amor mismo). Considero que habría que hablar aquí del nihilismo, de nuevo, con muy poca

³³ Jesús, S. T., *Poesías*. Madrid, Aguilar, 1957.

rigurosidad académica, pero con muchas ganas de que se entienda cómo quiero cuadrar el nihilismo con toda esta cuestión. Quiero hablar de nihilismo en esa clave de vacío, de pérdida que inmoviliza, de nada que queda tras dejar de creer en algo en lo que nos sentíamos estables, seguras, amparadas. El nihilismo es una ruptura amorosa, y de las peores. Hace unos días le quité, sin querer, la fe en la ciencia a un físico. El resultado fue descorazonador. Se le quedó la cara descompuesta, como si le hubiera dicho que ya no le quería, porque el hecho es que, de algún modo, lo que le había dicho era que el mundo no le quería ya.

Necesitamos creer en la conexión de las cosas, ya sea mediante la fe religiosa, mediante la creencia en una razón omnisciente y omnipotente, ya sea en una esencia inamovible de la realidad. Y cuando nos despojan de esa cálida red nos sentimos solos, incapaces de pedir ayuda porque comprendemos de golpe que no hay nadie ahí afuera. Por suerte, yo creo en la posibilidad de salir de ese pozo oscuro y tender vínculos fraternales con todas las demás cosas, porque si digo que el nihilismo es el mayor exponente del desamor, la superación de este no puede ser otra que un amor más vivo y creador. Creo en un amor que nos hace ser a cada uno, todos, uno que nos hace pensar en el mundo como si fuéramos un todo, pese a no serlo, creo que es el amor lo que nos permite pensar que «La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque me encuentro unido a la humanidad, por eso nunca pregunto por quién suenan las campanas, las campanas suenan por mí.» (Donne, 1624)³⁴.

Y quiero volver a definir el Amor, como comunión con el todo desde la diferencia, y como lo que no es, lo que no implica esa unión. No hablo del amor de Hollywood, del amor de exigencia, ni del que traspasa los engaños y las violencias. No hablo del que justifica las humillaciones, sino de lo contrario, del amor que hace posible la convivencia, resolviendo el conflicto, no ocultándolo o pasándolo por encima. Hablo del amor como lo que posibilita la comunicabilidad, la empatía, el respeto, el arte. Hablo de amarse más para sobrevivir la desgana, el conformismo pasivo de ver pasar la vida. Amor como vínculo intenso que despierta y nos devuelve a la conciencia del milagro de la vida (y del milagro del amor, al final) y no amor como adormecimiento que aleja de la realidad y nos sume en el sueño del enamorado. Amor romántico como algo que hemos dejado atrás igual que el amor a Dios de la religión: como brechas que hemos de superar, igual que una ruptura adolescente, para pasar de un amor que no era amor llegando a un amor creador, que no restringe. Superar de una vez el amor neoliberal, el amor barato de las canciones pop (no todas, pero sí las rendidas al mercado y a lo superficial) y

³⁴ Donne, J., *Devotions upon emergent Occasions*, 1624, Meditation XVII.

llegar por fin a un amor más profundo que en su cotidianidad nos envuelve siempre.

No sé si este amor podría acabársenos pero tengo claro que es nuestra única salvación y debemos luchar por aferrarnos a ese amor poderoso, con razón pero también con pasión, que alcanza todo en su propia profundidad y que nos permitirá comprendernos como individuos pero simultáneamente como un todo vinculado por ese sentimiento único y diverso. Y es que no se ama desde la homogeneidad sino que se ama consciente de lo extraordinario de la singularidad, y del milagro de participar de una misma realidad desde la distancia. Se ama desde la comunidad, se ama desde el altruismo, se ama desde la preocupación y la consideración. Si fuera el fin del amor, no seríamos capaces de sonreírnos cuando vemos a un niño correr tras una mariposa o de maravillarnos ante un poema, no sentiríamos nada al mirar nuestro cuadro favorito, y no habríamos leído páginas y páginas que otra persona escribió hace siglos sintiendo cada palabra como si fuera nuestra experiencia. Es más, no podríamos leerlas. El amor permite el como si kantiano, permite imaginar un nosotros desde el que podemos concebir la unión entre unos individuos que de otro modo se hallarían separados, pero también entre la razón y la pasión, la teoría y la práctica, lo que nos aleja de la bomba atómica, de la razón meramente instrumental, del desprecio absoluto a los otros. El amor es el pequeño resquicio que afortunadamente conservamos en este tardo capitalismo y que incluso inmersos en este brutal liberalismo nos permite asquearnos al ver las atrocidades que implica a veces. Qué es, si no el amor, lo que nos permite ese profundo rechazo desde las entrañas (tal vez no tan natural pero sí muy deseable y al que debemos aferrarnos), al ver una persona desahuciada y abandonada por la sociedad.

Creo en un amor que posibilita la belleza, y con ella la comunicabilidad, esa belleza pasa por un amor general, por todas las cosas, que se concretiza ya en amor romántico, ya en afecto, cariño, respeto, amistad, generosidad, y tantas otras cosas que nos permiten entender la vida con la ilusión del niño que sueña con detener las mareas y no solo como un camino vacío hacia la muerte. Yo elijo creer que el amor no se está terminando, que no hay fin para esta maravilla, porque sin ello no habría humanidad ni mundo. Elijo creer fervientemente en la permanencia del amor con la intensa necesidad del que busca una razón para perseverar en la existencia. Elijo creer en mi fe, en que no es el fin del amor porque sin amor no hay ética o política, ni sociedad posible. Sin amor no habría, al fin y al cabo, vida según como yo la entiendo. Tal vez podemos decir que estamos ante el fin del amor romántico, ante el fin de justificar todo en aras de un amor que no es amor, o ante el fin del amor hasta la muerte como una soga en el cuello que unos llevan más holgada que otros. Pero incluso sin ese amor, nos queda mucho más amor que defender.

Por otra parte, es cierto que no todo en la vida es amor, y se podría argumentar que hay mal en el mundo, que hay división, que hay muerte y dolor y suciedad. Hay veces incluso, que una lee el periódico y piensa que solo hay miedo y desgracia y no queda amor. Pero el hecho es que hay crueldad donde falla en su empeño el amor, donde, aun queriendo llegar, no basta esa fuerza de unión para conducir a las personas. Y es que no hay crueldad en los tornados que destrazan casas, pero sí en los desahucios. Porque tras los tornados llega el amor como una suave red que recoge a los desamparados y los mantiene vinculados entre sí y a la realidad. En los desahucios, por el contrario, el amor falta, y los desamparados son arrojados como si no pertenecieran a la misma humanidad que nos ha criado a todos. En el mundo hay mucho mal, y que haya amor no implica que podamos deshacernos de mal. Pero el hecho de que podamos sobrellevar ese mal, de que no todo sea crueldad y horror, todo ello implica la presencia luminosa del amor. No estamos viviendo el fin del amor, vivimos porque el amor nos mantiene sujetos a la vida, y por tanto debemos esforzarnos en preservar ese cálido vínculo. Y cuando actuamos con amor, demostramos, a la humanidad y a nosotros mismos, que no hemos sucumbido a las fuerzas que tratan de desvincularnos unos de otros. Cuando actuamos guiados por el amor emprendemos un lazo nuevo, es un inicio absoluto que prueba nuestra libertad no como individuos caprichosos sino como parte de un todo que se determina a sí mismo y persevera en su convivencia fraternal.

No estamos ante el fin del amor porque cada vez que escucho al desvelado señor Darcy decir «Pero si sus sentimientos han cambiado, debo decirle que ha embrujado usted mi cuerpo y mi alma y que la amo, la amo y la amo y que ya nada podrá separarme de usted»³⁵, yo lloro, y lo hago porque unos sentimientos que una mujer puso en papel, y que luego se tradujeron a la pantalla para que un actor los interpretara y fueran grabados, permanecen intactos. Lloro porque el amor consigue, mediante la belleza y el arte, hacerse paso a través de los siglos, las personas y las cosas para seguir vinculándonos en ese milagro de la comunicabilidad. ¿Cómo es posible siquiera dudar de poder estar presenciando el fin del amor si ello sería la peor desgracia que le pudiera pasar a este mundo? Si somos capaces de ser, todas nosotras, incluida la margarita que me mira desde el jarrón, la Tierra, la Luna y todas las cosas, es porque el amor nos permite estar vinculadas en la existencia, y solo sin existencia verá su fin el amor, porque son la misma cosa. Y, como es lógico, no podremos presenciar el fin del amor, porque somos, de hecho, amor y por tanto no podremos sobrevivirlo jamás.

³⁵ Wright, J. (Dirección), *Orgullo y Prejuicio*, 2005 [Película].

Bibliografía

Donne, J., *Devotions upon emergent Occasions*, 1624, Meditation XVII.

Empédocles., *Sobre la naturaleza de los seres: Las purificaciones*, trad. De J. B. Gutierrez, Buenos Aires, Aguilar, 1964.

Hesse, H., *Peter Camenzind*. México, Anaya, 1904.

Jesús, S. T., *Poesías*. Madrid, Aguilar, 1957.

Kant, I., *Crítica del Juicio*, 1790.

Platón., *Obras completas*, Madrid, P. d. Azcárate Ed., 1871, vol. V.

Schiller., *Cartas sobre la educación estética del hombre*, 1795.

Wright, J. (Dirección), *Orgullo y Prejuicio*, 2005 [Película].

¿ESTAMOS ANTE EL FIN DEL AMOR?

Mikel Macho Moreno

Estudiante del 2º curso del
Doble Grado en Ciencias Políticas y Filosofía

Nietzsche en la Genealogía de la moral sentenció que “un filósofo casado era una especie de comedia”³⁶. Un par de líneas anteriores justo a esta afirmación, nos explicaba cómo ningún buen filósofo se había casado nunca, ni Heráclito, ni Platón, ni Descartes, ni Spinoza, ni Leibniz, ni Kant, ni, por supuesto, su maestro Schopenhauer. El bigotudo se justificaba bajo la idea de que el filósofo “de manera instintiva, y con una finura de olfato que está por encima de toda razón, siente horror frente a toda especie de perturbaciones y de impedimentos que se le pongan (...) en este camino hacia el *optimum*”³⁷. Bien es conocido, no obstante, que la única mujer de la que Nietzsche estuvo profundamente enamorado -y a la que propuso matrimonio-, lo rechazó por un amigo que tenían en común.

Es cierto que ninguno de estos renombrados filósofos se casó, pero eso no significa que ninguno de ellos pasara por alto la trascendental cuestión del amor. Si estos autores no se casaron debió de ser por las excentricidades que caracterizan al filósofo. No nos consta, mas estoy convencido de que así fue, que todos y cada uno de ellos sintiese en algún momento de su vida esa fuerza vital que llamamos amor, ya sea por una mujer, un hombre, un amigo, un familiar, la patria, o incluso, ¿por qué no?, una mascota.

En la antigua Grecia, cuna del pensamiento occidental, ya concebían y distinguían entre cuatro tipos de amor: Eros, el amor pasional y erótico, del cual Nietzsche estaba haciendo referencia; Storgé, el amor hacia la familia, un amor instintivo tanto con la ascendencia como con la descendencia de sangre; Philia, sentimiento que fundada lazos de solidaridad y fraternidad, ese amor que une a camaradas en luchas y a patriotas en guerras; y por último, Ágape, el amor más puro, y por lo tanto más desinteresado. Un ejemplo de esta última forma de amor la encontramos en la concepción que tiene el cristianismo. Para esta religión el Ágape es la mayor expresión del amor, se expresa con la relación que tiene Dios por el Hombre y el

³⁶ Nietzsche, F., & Ed, A. (2011). *La Genealogía De La Moral* (1.^a ed.). Alianza. P. 139

³⁷ *Ibid.* P. 140

Hombre por Dios. Ágape es universal, incondicional y trascendente a todas las vicisitudes.

Esta es la razón por la que, aún en contra de lo que Nietzsche nos está diciendo, los filósofos también aman, por la simple razón de que somos humanos, y como humanos amamos. Es un gran error reducir el amor a la relación sexo-afectiva entre dos personas, puesto que estaríamos empequeñeciendo la gran amplitud y las diversas formas que puede tomar este sentimiento omniabarcante. El amor lo encontramos en todas las facetas de nuestra vida, aunque no se dé de una forma tan intensa como para percatarnos. El amor es una condición necesaria para la existencia del ser humano, y aunque no deja de ser verdad que este sentimiento puede ser más o menos estrecho en función de las capacidades del individuo en cuestión, sin esta fuerza los seres humanos no habiéramos sobrevivido como sociedad, ya que sin el amor de padres a hijos o la solidaridad entre iguales sería imposible la convivencia pacífica y próspera de la humanidad. La cuestión a estudiar es esta: la capacidad que tiene el amor para vincularnos con la otredad; todos sabemos que es fácil amarnos a nosotros mismos, yo quiero que me suceda el bien, y lo deseo con todas mis fuerzas. También es fácil amar a nuestros familiares y amigos más cercanos; desde lo más profundo de mi corazón quiero que mi madre sea feliz, que mi perro viva eternamente y que mis amigos obtengan todo lo que se propongan, lo deseo con toda mi alma porque les amo. Sin embargo, el terreno se vuelve pantanoso cuando empezamos a abrir el círculo de personas por las que sentimos esta empatía característica del amor. Pues bien es cierto que no quiero que a mis vecinos les vaya mal, pero tampoco voy a ir a consolarlos si pierden el trabajo. La indiferencia ya se vuelve soberana cuando hablamos de humanos de otros países que tan solo vemos en las noticias, no sentimos esta conexión vital en estos casos puesto que no les queremos, ya que lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia.

Atendiendo al legado clásico que nos dejó Platón, *El Banquete* es la obra que más luz puede arrojar en esta cuestión. La primera división que nos ofrece esta obra y que adoptaremos en pos de simplificar la división presentada al principio de este ensayo, será la diferenciación entre dos tipos de amor, los dos tipos de Eros. Pausanias, en “El Banquete”, nos explica que: “Todos sabemos, en efecto, que no hay Afrodita sin Eros”³⁸, sentencia que prestaremos cautelosa atención más adelante, pero primero debemos centrarnos en el punto fuerte de su discurso, a saber; la doble naturaleza de Afrodita. Como nos dijo el ateniense, hay dos Afroditas:

³⁸ P. (2021). *EL BANQUETE: o del Amor. El simposio (Spanish Edition)*. Independently published. P.11

Afrodita Pandemos y Afrodita Urania. La primera, joven y divertida, se caracteriza por su plena soberanía en los bajos placeres, en concreto, el placer sexual. La segunda Afrodita, más vieja, se distingue por su dimensión espiritual y su amor desinteresado desligado del placer carnal. De esta forma podemos dividir la primera categorización (Eros, Storge, Philia y Ágape) bajo una misma variable: el motivo del amor. Si es un amor interesado es propia de la joven Pandemo, pero si el amor es desinteresado pertenece a Urania. De esta forma ya hemos delimitado el objeto de estudio de este ensayo, nos centraremos en el Eros de Afrodita Urania.

La siguiente cuestión a prestar atención ahora es, ¿Cómo y a dónde se dirige nuestro Eros? y la respuesta la podemos volver a dilucidar en *El banquete*. Eros, o el amor, se dirige a todo aquello que es bello, pues, como todos sabemos, no hay Afrodita sin Eros. El amor es, entonces, el impulso vital humano que nos empuja a perseguir la belleza. Como vemos, esta fuerza está indisociablemente mezclada con la belleza, por lo que debemos observar más de cerca eso que tanto ansía Eros.

Los juicios de belleza, según expone Kant en *La crítica del juicio* de 1790, se caracterizan por ser juicios desinteresados y universales. Es decir, cuando decimos “esto es bello” este juicio no tiene ninguna exigencia como si lo puede tener la razón práctica y, por otra parte, estos juicios tienen aspiraciones universales. Esto es bello; da igual quien lo mire, cómo lo mire y cuándo lo mire. Cuando proclamamos la belleza de algo no estamos estableciendo un juicio autobiográfico que explica nuestros gustos y filias, sino que estamos predicando una característica del objeto, la cual es objetiva y por lo tanto universal. Es decir, la belleza comparte las mismas características que Ágape, es desinteresada y universal.

Años más tarde Schiller continuaría con esta tarea de desentrañar las cualidades de la belleza. La captación de la belleza, según expone nuestro filósofo en su obra *Cartas sobre la educación estética del hombre* de 1794, nace de las dos capacidades del Hombre: La sensibilidad y la razón. El autor establece la siguiente tesis: la belleza se ahoga si se encuentra sola en el mar de la razón, pero tampoco puede brotar únicamente del vulgar disfrute sensorial. Es decir, la belleza se encuentra en esa delicada armonía entre la sensibilidad y la racionalidad. Cuando captamos la coherencia entre los sentidos y la razón, dice Schiller, es cuando realmente somos libres, en este estado de percepción estética nos sentimos inmortales y fuertes. Y yo pregunto: ¿No es exactamente esto que describe Schiller lo que siente una persona al estar enamorada? Continuando con Schiller, en su obra nos explica cómo el gusto por la belleza puede -y debe- ser educada. De tal forma que si hemos dicho que el amor es el impulso que nos lleva a buscar lo bello, este impulso puede -y debe- ser educado. Esta educación

tiene como objetivo guiarnos en nuestra propia capacidad para distinguir y apreciar la belleza.

El amor, en esta búsqueda de la belleza, es la fuerza vital virtualmente universal y desinteresada que ha guiado nuestras sociedades. El cristianismo, pilar de nuestra sociedad occidental, es una religión basada en el amor como dogma. Esta promulga un amor incondicional y universal que se plasma con la frase “Ama a tu prójimo como a ti mismo”³⁹. Sin embargo esta centralidad del amor no es exclusiva del cristianismo, sino que también lo encontramos en el judaísmo, en el Islam y también en el budismo. Quizá esta última religión, el budismo, sea la que lleve hasta las últimas consecuencias la universalidad y el desinterés que caracterizan a esta fuerza, pues promulga un amor infinito e inmensurable por absolutamente todo. Esto lleva a los budistas a amar, en teoría, de la misma intensidad y forma a las hormigas del monte, aquellas cuya existencia les es desconocida, que a los amigos más cercanos, aquellos con los que han crecido y llorado juntos. Las religiones de todas las épocas, las cuales han servido como base para la construcción cultural y social de todas las sociedades, se han basado en el amor. Pero si investigamos más a fondo, vemos que, aun pasada la antigüedad, cuando empezó a florecer la secularidad en las instituciones de los países occidentales, las nuevas cosmovisiones ateas de la realidad también se seguían fundamentando en el amor. Todas las ideologías modernas tienen como base el amor hacia lo que consideran que es más bello; el positivismo ama la verdad, el nacionalismo ama a su nación llegando a sacrificar a sus más honrados soldados por la gloria de esta, así como el socialismo busca la fraternidad y el anarquismo lucha por la libertad. Todos los movimientos humanos se forman en busca de algo que se cree bello. La belleza tiene la suerte de no ser exclusivamente racional, sino que brota orgánicamente de la intuición humana, como explicaba Schiller. Esta característica, -que la belleza no sea exclusivamente racional-, hace que la fuerza de las personas enamoradas sea casi imparable. Por ejemplo, no podemos decir que hay de bueno o malo en la libertad en sí, ¿por qué es mejor tener libertad a no tenerla? De hecho pueden darse buenos argumentos para no querer la libertad, -o la fraternidad, o la igualdad-, pero no importa, la seguimos buscando porque su belleza nos atrae, porque estamos enamorados de ella de forma incondicional. La libertad, nuestra nación, nuestro Dios, la fraternidad humana, tiene un no sé qué que nos cautiva y nos hace desearla a toda costa. Y es que se hace claro que el amor ha guiado la historia, siempre que

³⁹ T. (2015). *Santa Biblia NTV - Edición compacta, letra grande* (Large type / Large print ed.). Tyndale House Publishers. 22:39 Lv 19:18

hemos visto la belleza, sea donde fuese, el corazón del ser humano no ha podido poner sus ojos, cerebro y fuerzas en otra cosa más que en su acercamiento.

No obstante, esta fuerza que ha sido parte constitutiva del desarrollo histórico de la humanidad requiere de unas condiciones para que se pueda desarrollar. Ya nos decía Schiller que “El hombre puede estar en contraposición consigo mismo de un doble modo: o como un salvaje, cuando sus sentimientos dominan a sus principios, o como un bárbaro, cuando sus principios destruyen a sus sentimientos. El salvaje desprecia el arte y reconoce a la naturaleza como a su dominadora absoluta. El bárbaro escarnece y deshonra la naturaleza (...). El hombre cultivado hace de la naturaleza una amiga, enaltecendo su libertad y poniendo un freno a sus caprichos”⁴⁰. Con este extracto de su obra, el autor quiere hacer hincapié, una vez más, en la completa necesidad de los sentidos -junto a la razón-, para desarrollar todo el potencial del ser humano. Nuestro autor veía en la belleza el pilar fundamental para la construcción de una comunidad; sin belleza no se puede construir una comunidad. Esta reivindicación de la belleza surge a raíz del contexto histórico-cultural en el que escribe, principios del Romanticismo.

Durante el Romanticismo se produjo una exaltación de los sentimientos sobre la razón. Esta reivindicación se debió a que el proyecto de la Ilustración se derrumbó, nos dimos cuenta de que la razón, por sí sola, no iba hacer del mundo un lugar mejor. Y es más, las personas no atendemos exclusivamente a razones, sino que, como veríamos con Freud, el hombre es un ser profundamente irracional. El racionalismo, el idealismo y toda la pedantería positivista, no bajó el cielo a la tierra, sino que más bien trajo la bomba nuclear y dos guerras mundiales a lo largo del siglo XX. El legado que nos dejó la Modernidad fue un panorama desolador, una amalgama de esperanzas rotas y una pérdida de confianza en la razón. En este contexto posmoderno ¿qué queda del amor?

Por mucho que el siglo de las luces haya caído, en nuestra época, el siglo XXI, sigue reinando un tipo de razón, más vulgar y algo maloliente: la racionalidad económica. Esta sociedad idiosincrática en la que vivimos sería denominada por Zygmunt Bauman como la “Sociedad Líquida”, la cual tiene como corazón ideológico una proyección de la eficiencia tecnoeconomicista en todas las esferas de la vida. De esta manera, la sociedad líquida estaría caracterizada por producir una atomización de las comunidades con la correspondiente disolución de los lazos de solidaridad entre los grupos humanos, o lo que es lo mismo, la disolución de los tipos

⁴⁰ F. Schiller, *cartas sobre la educación estética del hombre*, carta IV, Madrid, Tecnos, 1991, p.108.

de amor más puros, universales y desinteresados. Las personas abandonan progresivamente a un lado sus valores tradicionales que suponían una estructura rígida y segura para la conformación de organizaciones humanas, como podían ser la familia, la comunidad vecinal, la comunidad religiosa o la nación. Todos estos vínculos interpersonales se ven disueltos en pos de una aparente libertad del individuo, que sin embargo realmente sirve, en última instancia, a la adecuación de estos individuos al sistema económico capitalista. La eficiencia y el *optimum* no deben verse entorpecidos por ningún obstáculo, o mejor dicho, todos los contratiempos, aunque estos sean estructuras y/o actividades humanas esenciales, deben ser abolidos para la maximización de resultados.

En estas circunstancias del contexto histórico en el que vivimos, las personas se ven incapaces de desarrollar relaciones afectivas estables, por dos motivos: En primer lugar, los individuos, profundamente reducidos por una mentalidad economicista, solo van a estar calculando los costes y beneficios que egoístamente les trae tener una relación con otro ser humano. De este modo el compromiso se vuelve un coste de oportunidad inaceptable, ya que un individuo en estas circunstancias no puede arriesgarse racionalmente a comprometerse con otra -u otras- personas, puesto que puede que el día de mañana encuentre a otra persona -o grupo de personas- que sean más guapas, más interesantes, más parecidas... en definitiva, más beneficiosas para él. En suma, el compromiso -condición necesaria del amor- es anti-irracional, rompe con la búsqueda del óptimo y cualquier relación que suponga un compromiso implica un arriesgado coste de oportunidad. El segundo motivo de la incapacidad de desarrollar relaciones afectivas estables se debe a que el individuo sabe que, al igual que él, la otra u otras personas tienen la misma libertad que él para huir lo más rápidamente posible al acecho de una oportunidad más satisfactoria. Esto crea un sentimiento de vulnerabilidad e inseguridad, que incentiva al individuo a adoptar una actitud basada en el desapego y una correlativa predisposición a estar más pendiente de buscar otras oportunidades, asustado por el hecho de que en cualquier momento la otra persona le pueda abandonar, reforzando este círculo vicioso. Esta dinámica crea una serie de sujetos “líquidos” que son completamente incapaces de mantener relaciones humanas que no supongan más que un golpe de placer instantáneo, y andan siempre escépticas de su iguales, todo este entramado cultural humano nos hunde en un sentimiento de vacío e indiferencia. Con respecto a las relaciones sexo-afectivas, este sistema empuja a los individuos a consumir lo más rápido y superficialmente posible las otras personas, que son vistas como nada más que objetos de consumo. En definitiva, esto es a lo que nos reduce la dinámica neoliberal, a mercancías de consumo; este

sistema nos ofrece la libertad para consumir personas a la misma velocidad en la que somos consumidos. Es necesario matizar que las ansias de consumo que se dirigen al objeto deseado es muy distinto a Eros, el cual también tiene un objeto deseado. Mientras la ansia de consumo busca destruir el objeto que anhela y, una vez consumido, tirar los desperdicios en busca de otro objeto que consumir, Eros busca llegar a su objeto deseado, muchas veces inalcanzable por la naturaleza del mismo, pero en vez de destruirlo, que es lo que se lleva a cabo en el consumo, el amor se basa en la conservación y el cuidado.

La dinámica social actual que venimos explicando tiene profundas y correlativas consecuencias en la concepción que tenemos de la belleza. En estos tiempos donde las pautas del mercado rigen totalitariamente las actividades del ser humano, la belleza se diluye tan rápido como cualquier otra aspiración universal a los pies del capitalismo, pues ya sabemos que en este sistema "Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas"⁴¹. La belleza, bajo estas condiciones, pasa a reducirse a mero placer subjetivo; con la subjetividad no podemos hablar de belleza, pues como estableció Kant, los juicios de belleza son objetivos. Y si no hay en el mundo ninguna Afrodita que haga florecer un Eros puro, la belleza muere, y con ella el amor desinteresado y universal. Debido a esto, en nuestro tiempo no hay Amor que se pueda conformar más allá del Eros que impulsa nuestra entropía, en busca de una Afrodita Pandemos. Pues el amor necesita de paciencia y de volcar el espíritu más allá de las fronteras del yo, esas son características de las que, desgraciadamente, carecemos hoy en día.

Este subjetivismo e individualismo predominante del contexto histórico en que vivimos, consecuencia del posmodernismo intelectual y del neoliberalismo económico, ha tenido dos grandes consecuencias. Por una parte, este escenario ha relativizado tanto la objetividad estética de la belleza, que esta ha pasado de ser objetiva y desinteresada a ser mero gusto individual. Por otra parte, y pragmáticamente más devastadora, ha ensimismado nuestra capacidad sensible para sentir como nuestras vivencias de otros grupos humanos fuera de nuestro círculo cerrado, es decir, ha cercenado nuestra capacidad de amar.

Efectivamente, en estas condiciones no puede desarrollarse el amor. Culpa de este desastre se debe a la idea hegemónica que expuso y criticó Erich Fromm en su obra *El arte de amar*, a saber; la dificultad de que

⁴¹ Marx, K., & Engels, F. (2020). *Manifiesto Comunista*. La Montaña: Ediciones Socialistas. P.31

fragüe el amor reside en encontrar a la persona indicada, pero una vez encontrada esta “alma gemela”, el amor sale solo, sin esfuerzo alguno. Sin embargo, esta tesis tan comúnmente aceptada no puede estar más lejos de la realidad para Fromm, él explica que el amor es una actitud, y esta actitud debe ser practicada todos los días con respecto a todas las facetas de la vida. Para Fromm el amor nace de la libertad no de la predeterminación, podemos elegir amar la vida, pero ello implica un esfuerzo.

En conclusión, para revivir el amor y construir una sociedad más justa -puesto que van de la mano- debemos recurrir a Schiller y a Fromm. Debe de haber una profunda educación estética de las masas en la que todas las personas puedan identificar individual e indistintamente la belleza. Y siguiendo a Fromm, debemos llevar a cabo un esfuerzo diario para perseguir esa belleza de la vida, o lo que es lo mismo, hacer el amor con ideales imperecederos y los destellos fugaces de la existencia.

Sin embargo, según el análisis social que hemos realizado, es evidente que estamos muy lejos de poder llevar a cabo la receta presentada por los dos filósofos anteriores. Nuestra cultura se ha construido alrededor de un sistema económico y social que desincentiva -cuando no lo impide- el que se lleve a cabo estas actitudes desinteresadas de solidaridad. El amor va en contra de los sagrados beneficios, por lo que actualmente sólo se nos permite un tipo de amor, el cual percibió lucidamente Gene Hackman en *El último golpe*: “Es el amor lo que mueve el mundo. Sí, el amor al dinero”. De modo que si no estamos actualmente ante el fin del amor, por lo menos estamos muy cerca.

Bibliografía

- P. (2021). *EL BANQUETE: o del Amor. El simposio (Spanish Edition)*. Independently published. Schiller, F. (2018). *Cartas sobre la educación estética de la humanidad*. ACANTILADO.
- Kant, I. (1948). *La filosofía como sistema*. Universidad-Instituto de Filosofía.
- Bauman, Z. (2022). *Amor líquido*. Paidós.
- Fromm, E. (2022). *El arte de amar* (1.^a ed.). Paidós.